

**Lo que es Bueno para Ti es Malo
para Mí, y viceversa**

Por

EM Ariza

Freeditorial 

Andaba yo meditabundo desde hacía unos días por razones que me eran desconocidas. Estaba triste, inquieto y malhumorado. Pero es evidente –lo digo por si algún avisado así lo piensa-, que no tenía el “periodo”, puesto que todos sabemos que eso no es característico de los varones. ¡Hasta ahí sé, y no me hace falta Zoilo para confirmarlo! Pero lo cierto es que estaba tan perturbado que incluso perdí el interés por las noticias deportivas. Me daba igual por cuánto había perdido mi equipo en su último partido, lo que era un obvio indicio de la gravedad de mi estado anímico.

Pero de todo se duda en esta vida pues, no obstante lo dicho anteriormente, permítame comunicarle un pensamiento que hace tiempo me crea incertidumbres. Yo sospecho -aunque a usted quizás le sorprenda-, que los hombres también tenemos una especie de “periodo” cuyas manifestaciones externas tienen cierta semejanza con el de la mujer. Hombre, no en todo por razones que nacen de nuestras diferencias físicas, pero sí en algunas manifestaciones psicológicas como es una cierta depresión que dura uno o dos días, y te lleva a mirar con repugnancia, y contestar con gruñidos, a quien en semejantes circunstancias se le ocurre dirigirse a ti sonriendo con cara de beatífica felicidad “*¿Has visto que día tan hermoso hace hoy y cómo cantan los pajarillos?*”

“*¿Día hermoso, imbécil?*” –Te dan ganas de contestarle- “*¡Es un día de asco, y no son pajarillos, son pajarracos que no paran de chillar! ¡Mejor estarían fritos en una sartén!*”

En cambio, en tu estado psicológico habitual responderías con una alegre sonrisa ratificando esas mismas palabras sobre los pájaros cantarines.

¿Por qué sucede esto? La única explicación plausible es que también nosotros los hombres tenemos “periodo”. Distinto al de las mujeres, pero periodo al fin y al cabo.

En resumen, la cosa es que yo me encontraba inmerso en uno de *esos días*, y el pesimismo se apoderó de mi espíritu.

Lo veía todo de color oscuro y me parecía que no ocurría nada positivo en la vida. Que no existe cosa buena que no conlleve otra negativa, y viceversa. Así que, como una cascada, comenzaron a precipitarse por mi mente multitud de pensamientos que avalan la desesperanza nacida de esta mini depresión.

Los comparto con usted y de camino así me desahogo. Me refiero a los pensamientos, no a la depresión porque a lo mejor usted no está en uno de *esos días*.

¿Ha podido observar -por ejemplo-, como una epidemia de salud es buena para usted, pero mala para farmacéuticos, médicos y enterradores?

¿O que la sequía es mala para usted, pero buena para poceros, zahoríes y fabricantes de motores de extracción de agua?

¿Ha tenido ocasión de observar como juega tu equipo un martes y trece, y si pierde lo achacas a ese nefasto día? Pero en cambio esa misma fecha, para ti infame, es de felicidad para el rival que ganó. ¿Qué pasa, que para tus rivales no existe la maldición del martes y trece?

¿Que la risa es buena para usted, pero mala para la persona de la que se ríe?

¿Que la ignorancia es mala para usted, pero buena para maestros, religiosos y políticos?

¿Que practicar sexo es bueno para usted, pero frustrante para los millones de espermatozoides que no alcanzan su objetivo fecundador?

¿Que una buena comida es buena para usted, pero mala para pollos, vacas y cerdos?

¿Que un terremoto es malo para usted, pero bueno para constructores, ingenieros, arquitectos y ONGs?

¿Que un divorcio es malo para usted, pero bueno para los abogados?

¿Que la guerra es mala para casi todos, pero buena para los fabricantes de armas, de banderas y para los medios de comunicación?

En fin, qué le voy a contar. Seguro que si usted se encuentra en uno de *esos días* entiende perfectamente mi pesimismo.

Es indudable que la persona más inteligente que conozco es Zoilo, y una vez me dijo que la vida no es más que un laberinto de emociones a través de cuyo intrincado camino intentamos hallar nuestro destino. Esto, que sin duda debe ser muy profundo -tanto que no tengo muy claro lo que quiere decir, aunque presiento que está relacionado con lo del periodo-, no sé por qué, me sirvió de inspiración.

Le pongo en situación. Hace unos días invité a cenar a Zoilo en mi apartamento. Como siempre fue una agradable experiencia.

Pero antes de seguir contándola permítame confesarle algo: a pesar de que siempre me es grata, no por eso dejo de ponerme nervioso cada vez que me hace una visita. A Zoilo lo conozco desde siempre, pero también desde siempre reconozco que tiene desarrollada una capacidad para entender las cosas de la vida a las que a mí me cuesta trabajo llegar. Siendo justos, la mayor parte de las veces ni siquiera consigo arrancar a comprenderlas. Por tanto, y evidentemente, mucho menos llegar. Pero éste no era el caso, como después podrá usted comprobar.

Es cierto que él es un intelectual, pues lee libros y no sólo titulares de los periódicos –sobre todo deportivos- como me pasa a mí. Pero aun así yo lo aprecio, y lo que es más incomprensible él a mí también; y además aprendo mucho con sus conversaciones, aunque por desgracia después olvido la mayor parte. Pero bueno, siempre queda algo.

Pero volvamos al asunto pues me estoy perdiendo un poco, y de camino le puedo desorientar a usted. Al día siguiente de esa cena se presentó una jornada luminosa con una temperatura perfecta, sin frío ni calor, lo cual despertó mi mente y comenzaron a nacer en ella discrepancias sobre las conclusiones que se establecieron tras dicha cena, en nuestra habitual charla nocturna cuando disfrutábamos de unas buenas copas.

Esas brillantes circunstancias meteorológicas me animaron a pasear por el parque de mi ciudad, como otras muchas veces, y probablemente por éstas fue que en mi ánimo se alzó un espíritu alegre y rebelde, lo que desenredó el laberinto de mis emociones si es que alguna vez lo he tenido. Me refiero al laberinto, porque emociones tengo muchas –y más en estos días especiales- aunque creo que nunca nublan mi capacidad de análisis. Al menos eso afirma Zoilo, pero siempre continúa diciendo que no nublan u oscurecen mi capacidad de análisis porque no puede oscurecerse un lugar donde nunca ha existido luz. En fin, las cosas de Zoilo. Vete a saber lo que quiere decir con esto.

Sea como fuere, volviendo a lo que les contaba, el día era espléndido y esa circunstancia se había convertido en motor de inspirados pensamientos positivos que fueron creciendo en mi mente, desterrando el pesimismo anterior. Dichos pensamientos entraban en profunda contradicción con las tesis que Zoilo había defendido tras aquella cena en mi apartamento. Él sostenía que el ser humano no progresa, que sólo tiene cambios superficiales pero que siempre es el mismo.

Aunque durante la velada yo había terminado aceptando su teoría, al llegar un día tan radiante y desaparecer mi mini depresión, los engranajes de mi cerebro entraron en eficaz funcionamiento hasta construir una respuesta nueva y discrepante con la opinión de mi amigo.

Sé que la inspiración inicial, que me lleva a disentir de las afirmaciones de Zoilo, nació tras contemplar en el parque un portal de Belén, pues estamos cerca de la navidad y estos abundan por toda la ciudad.

Antes de continuar aclaro lo siguiente ¿Usted sabe qué es un portal de Belén? ¿No lo sabe? Pues yo se lo explico: son figuras de cerámica o barro representando el nacimiento del niño Jesús en el pesebre, el cual se encuentra situado en una cuadra. Está acompañado de la Virgen María, San José y un par de animales que me parecieron una vaca y un burro, aunque de esto no estoy

seguro porque la zoología no es mi fuerte.

En fin, durante el matutino paseo, de pronto, con el optimismo recién recuperado tras un par de días complicados, se me iluminó la mente con descubrimientos trascendentales que me llevaron a exclamar: *¡Hay que ver como progresamos los seres humanos! ¡Aunque parezca increíble, en este caso Zoilo está equivocado en sus conclusiones de ayer noche!*

¿Y qué me condujo a esta convicción? Precisamente el niño Jesús y el portal de Belén.

Vea mi impecable razonamiento. Jesús es el fundador y líder de nuestra religión. Nació dentro de una cuadra en un pesebre que, por cierto, no es más que un comedero para el ganado, cosa que aprendí tras buscarlo en Google porque tenía mis dudas. Pero una vez aclarado esto del pesebre pude deducir lo siguiente: que mientras el fundador de nuestra religión, Jesús, nació en una humilde cuadra, sus herederos, es decir, papas, cardenales y obispos, viven en grandes palacios y majestuosas catedrales, se desplazan en limusinas y tienen una guardia suiza para que no les molesten los curiosos; e incluso poseen un banco propio. No podrá negarme que esto significa un gran progreso, y que Zoilo se equivoca por esta vez. ¡Pasar del pesebre a las catedrales...! ¿Qué más demostración necesitamos para afirmar que el hombre progresa?

Es indudable que me encontraba en fase de iluminación mental, así que seguí paseando por el parque.

Tras la profunda reflexión anterior, que casi me llevó al agotamiento intelectual, de pronto me di cuenta de que la imaginación me conducía inexorablemente a otra prueba irrefutable del progreso humano. La comparto con usted.

Hace siglos los hombres, para ejercer el noble oficio de guerrear, utilizaban espadas, lanzas y flechas. Tenían que correr montaña abajo y arriba para destriparse los unos a los otros. Eso los llevaba a sudar como posesos hasta el agotamiento, y tanto esfuerzo para apenas asesinar a un enemigo; o si el día se les daba muy bien, a tres o cuatro como máximo; jornada que, en este supuesto, solía ser calificada como de buen provecho a pesar de lo exiguo de los resultados. Seguro que comparte conmigo que este sistema de matarnos era inhumano.

Pero, por suerte, esto ya no es así. Hoy es otra cosa.

En los tiempos actuales un solo individuo sentado en un cómodo y ergonómico sillón, en una habitación con aire acondicionado y luces intimistas, sólo necesita pulsar un botón –normalmente rojo, no me pregunte por qué- para matar a millones de personas. Todo ello sin derramar una gota de sudor. Elegantemente. Sin esfuerzo ni riesgo de lesiones. Incluso puede

hacerlo con displicencia, a la vez que habla por el celular con su mujer planificando las próximas vacaciones navideñas. “*Espera un instante cariño, que voy apretar el botón rojo y ahora decidimos si vamos a casa de tus padres o los míos a celebrar estas fiestas*”, le dirá a su esposa con el fin de decidir civilizadamente cómo disfrutar los días vacacionales.

Esto -seguro que también lo comparte conmigo-, es la demostración definitiva e irrefutable de que el progreso humano existe. Ahora nos asesinamos los unos a los otros con mayor comodidad y elegancia que nunca.

Pero todavía le presento otro ejemplo que refuerza aún más lo acertado de mi tesis. Me estoy refiriendo al mundo de la información. Véalo.

En los tiempos antiguos la información que la gente recibía se nutría de los cotilleos y rumores que, con mayor o menor veracidad, eran llevados por los trovadores y vendedores de pueblo en pueblo por polvorientos caminos. La gente fundaba sus pensamientos con esta escasa y dudosa información, y a través de ella creaba sus verdades firmemente convencidas de su certidumbre. Así se enteraban -o creían hacerlo- del último designio real, de la espectacular boda de una noble dama, del nuevo amante de la condesa, o de la traición de un noble.

Tendría que pasar mucho tiempo, prácticamente hasta la época actual, para que esto cambiara significativamente. Ahora, en la que podríamos denominar -si Zoilo no me corrige- “era de la información”, recibimos miles de datos por minuto. A saber: de Facebook, de Twitter, de Google, de Instagram, de televisiones y radios, de prensa y revistas... En fin, de un montón de sitios. Y aquí vuelvo a demostrarle lo innegable del progreso humano. Hoy ya no transigimos con alimentar nuestros conocimientos con unos pocos rumores y cotilleos. ¡No, ni mucho menos! No nos conformamos con tan escasa información. Ahora estructuramos nuestras verdades y conocimientos -a diferencia de nuestros desgraciados antepasados- con montones de rumores y montañas de cotilleos que nos suministran a cada instante los medios antes nombrados.

¿No me diga que eso no es progreso? ¿Por qué conformarse con unos pocos cotilleos cuando los puedes tener en grandes dosis? ¿No es uno más feliz así? ¿Cómo va a ser lo mismo que le mientan a usted en cantidades ridículas -como sucedía en la antigüedad-, a que lo hagan en grandes cantidades, como sucede ahora? Seguro que llega, como yo, a la conclusión de que Zoilo se equivoca y que el progreso del ser humano es indubitable, siendo los tres casos aquí expuestos la demostración definitiva de ello.

Estas conclusiones, en la espléndida jornada de paseo y reflexiones por el parque, me llenan de optimismo y autoconfianza sobre mi capacidad de análisis. Pero para que usted tenga toda la información completa y pueda

juzgar por sí mismo, le contaré lo que en la noche de la cena con Zoilo hablamos y lo que éste opinaba al respecto.

Aquella noche habíamos terminado de degustar una rica cena cuando encendimos unos habanos y nos pusimos un buen brandy. Recuerdo con precisión las primeras palabras de Zoilo que dieron inicio a la velada. Éstas fueron de muy alto nivel. Juzgue usted.

-El pensamiento humano no ha mejorado en los últimos siglos –precisó Zoilo-. De hecho múltiples veces, y por grandes personajes, se defienden verdades opuestas con igual convicción. Por ejemplo, Maquiavelo dijo: “El hombre es malo por naturaleza, a menos que le obliguen a ser bueno”. Pero en cambio otro famoso pensador como Rousseau afirmó con idéntica convicción, “El hombre es bueno por naturaleza, es la sociedad quien lo corrompe”.

La discusión comenzó ahí. Yo era partidario de la segunda teoría, pero Zoilo defendía la de Maquiavelo. Para demostrarla comenzó a hablar del comportamiento de los políticos pasados y presentes, y como el poder, en todas las épocas, lleva a la corrupción sin mejora alguna con el paso del tiempo.

Vi el cielo abierto, porque fue aquí donde nacieron mis posibilidades para defender mi posición. Precisamente, en los últimos días, la policía había detenido a unos políticos por no sé qué líos de dinero. Al parecer era la noticia actual preferida de todos los medios de comunicación y de las tertulias. Eso me hizo pensar *¡ésta es la mía!* y decidí aprovechar la cuestión en favor de mis argumentos. Aunque al final probablemente me equivoqué, cuando impulsado por el deseo de intentar causar mejor impresión en Zoilo de la habitual, quise decir una frase brillante que viniese bien para la ocasión.

- Estas detenciones y encausamientos –dije- son un gran triunfo de nuestra democracia y una demostración de cómo nuestra sociedad progresa, y el hombre con ella.

Si bien en principio pensé que no había estado nada mal, instantes más tarde me di cuenta de mi error al responderme Zoilo.

- ¿Tú crees?

Mi amplia experiencia me indica que cuando Zoilo dice “¿tú crees?”, significa que has metido la pata hasta la ingle. Así que, inicialmente, sólo contesté con un ligero gruñido neutro y defensivo que, en realidad, podía significar cualquier cosa. Después continué:

- En fin, creo que son buenas noticias ya que quiere decir que nuestro país, desde el punto de vista democrático, funciona bien puesto que votamos y además llevamos a los tribunales a los políticos corruptos. ¿Qué más podemos

pedir? Eso no sucedía antiguamente...–dije a modo de humilde razonamiento, intentando que fuese definitivo pero con un punto de precaución por lo que pudiera pasar.

- En la antigua Unión Soviética igualmente se votaba y encausaban a políticos relevantes –precisó Zoilo.

- ¿Ah, sí...?

- Y con Franco, Pinochet y Videla.

- ¿También...?

- Y con Hitler y Mao...

- ¡Ah...!

He de confesar que se me habían agotado las expresiones monosilábicas ante tanta nueva información que cambiaba en profundidad la naturaleza de mis conocimientos de la historia. Así que, con esta última expresión, intenté evitar que se notara demasiado mi ignorancia de la realidad. No sé si con mucho éxito. Pero por suerte él continuó.

-Mira, lo que define y distingue a la democracia y al progreso es el cumplimiento de la ley, esa es la máxima garantía de la libertad. Desafiar a las leyes, o crearlas al interés exclusivo de los políticos como hacen éstos frecuentemente, es el camino más corto hacia la tiranía, que es lo opuesto al progreso humano.

Me dejó anonadado con sus palabras y, tras ellas, se hizo un silencio profundo. Así que aproveché para dar una honda calada al puro, con tan mala fortuna que al expulsar el humo éste entró en mis ojos obligándome a entornarlos para evitar que lagrimearan irritados.

A la postre estuvo bien, pues dicho gesto - me refiero al de los ojos entornados y lagrimeantes- parecía corresponder a que reflexionaba con concentración sobre el motivo de la conversación; lo que elevó, creo yo, mi imagen de intelectual.

- ¿Lo dices por estos políticos a los que están juzgando los jueces? –aventuré, mientras sacaba un pañuelo para pasarlo elegantemente por mis irritados ojos.

- Sí. Por éstos, y por todos aquéllos que con impunidad siguen por ahí malversando dinero de nuestros impuestos o mal gobernando los países, al tiempo que se enriquecen, y a los demás nos empobrecen.

Hizo una ligera pausa en el sermón para después continuar.

- Todos estos políticos están encantados con un marco jurídico que les

beneficia y protege. Por ejemplo ¿sabías que España es el país del mundo que más políticos aforados tiene? ¿Sabías que en Argentina, Perú, Chile o Venezuela los parlamentarios no pueden ser juzgados por los tribunales ordinarios? ¿Sabías que en México se les consideran inviolables?

- ¡No me digas...! –exclamé ante estas noticias, aunque en realidad he de confesar que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Por ello, aún a riesgo de parecer un tanto obtuso, me aventuré a preguntar:

- ¿Y por aforados o inviolables debemos entender...?

- Personas protegidas con leyes especiales, con el fin de evitar que se les pueda aplicar el código civil o el penal como al resto de ciudadanos. Eso lo han aprobado para sí mismos los políticos de muchos países, convirtiendo en un chiste lo del progreso y la igualdad ante la ley de la que hablan casi todas las constituciones.

- Pues la verdad, no conocía este detalle...

- Mira, otro requisito para que la democracia y el progreso exista es la división de poderes que los equilibre y evite los abusos, como por ejemplo éste de los aforados. Como antes te dije en casi todos los países se vota, pero es el cumplimiento de unas leyes justas e iguales para todos, así como la división de poderes, lo que distingue a una democracia de una dictadura.

- ¿Entonces, en estos países que has nombrado...cómo es el tema a este respecto?- pregunté prudentemente mientras paladeaba un buen trago de brandy, ya recuperado del picor en los ojos que me había producido el humo del habano.

- En ellos las pocas personas que mandan y controlan los partidos políticos son los mismos que designan a los que van a los parlamentos a crear leyes; por tanto aquéllos mandan sobre éstos pues le deben el puesto. E igual sucede con la justicia porque también eligen, y con ello controlan, a los jueces importantes.

No quería parecer tan desconocedor de la realidad como de costumbre, así que, disimuladamente, intenté estrujar mi cerebro para incluir alguna frase oportuna en la conversación mientras volvía a aspirar el humo del habano con los ojos entornados. Pasaron unos minutos y no lo conseguía.

Como no podía alargar el silencio por más tiempo, y además me dio la impresión de que se escuchaban chirriando los engranajes de la maquinaria de mi cerebro en su esfuerzo por construir alguna frase que viniese al caso, tuve que disparar lo primero que se me ocurrió.

-¿Entonces... qué somos la mayor parte de naciones hispanas?

-Sencillamente partidocracias –respondió Zoilo-. Es decir, dictaduras de

los partidos políticos, en vez de unipersonales como eran las de Pinochet, Videla o Franco.

Recuerdo que me quedé un tanto frustrado con tal batería de argumentos, pero haciendo alarde de mi energía habitual me negué a rendirme.

-Aun aceptando que los políticos no sean un buen ejemplo de ello – repliqué-, tendrás que convenir conmigo que la sociedad humana progresa, pues inventos trascendentales como la electricidad que nos calienta e ilumina, los aviones que nos llevan a grandes distancias, o los Donuts que nos ofrecen dulces con un agujero en el centro, impulsan hacia delante la antorcha de nuestra civilización.

-Esos inventos no traen más que pequeñas transformaciones en nuestras costumbres, pero la esencia del hombre no ha cambiado ni mejorado.

Bueno, aproximadamente eso es lo que debatimos esa noche. Usted juzgará. Pero ahora, según caminaba de regreso a casa tras el paseo mañanero por el parque, una cierta indignación iba poco a poco subiéndome de tono y comenzó a dañar mi espíritu. Zoilo no tenía razón. Vale que en lo de los políticos sí, y a lo mejor hasta en lo de los Donut. ¡Pero mis nuevas reflexiones mañaneras desmontaban todos sus argumentos!

Según me acercaba a mi apartamento la indignación iba subiendo aún más de nivel, tanto que cuando entré en el portal a Manolo -el conserje del edificio-, apenas le dirigí un gruñido de salutación, cuando lo normal era pararme con él unos minutos a charlar de futbol o del tiempo siempre que regresaba de un paseo. Me miró con cara extraña.

Para cuando abrí la puerta de mi apartamento la mencionada indignación había llegado a su punto álgido.

¡Pero lo curioso es que toda esa indignación era conmigo mismo, lo cual la volvía aún más irritante! ¿Y sabe usted por qué? ¿No? Pues se lo voy a decir: Porque me reprochaba no haber sido capaz ayer durante la cena de pensar y exponer los lúcidos razonamientos a favor de mi tesis sobre el progreso del hombre que ahora, en el parque, se me habían ocurrido. Me refiero, por si usted los había olvidado, a lo de los herederos de Jesús que han pasado del portal de Belén a los palacios; a la brillante evolución en la forma de matarnos los unos a los otros, y a lo de las dosis de información o cotilleo que hoy recibimos.

En fin, es una lástima. De ahí mi indignación, y no por estar en *esos días* como alguno podría sugerir. Sino porque por una vez habría podido derrotar a Zoilo con sus propias armas: la inteligencia de la razón ...¿O es la razón de la inteligencia?

Bueno, con una de las dos.

EM Ariza

Freeditorial 